

Y ahora que sientes todo
el mundo tuyo...

Ahora que sientes todo el mundo tuyo
olvidarás el barro en que empezaste.
Tu corazón atado lo dejaste
porque no estorbe tu salvaje arrullo.

Aquel que por el tiempo se ha perdido
no ha de encontrar el puerto en su sendero.
Te olvidarás, lo olvidarás primero,
pues él es tú, cansado y redimido.

Tristes palabras, numerado acento
lúgubre paz por un poco de oro.
Te cantarán en un comprado coro
para matar tu corazón sediento.

No lograrás comprar tu segundero.
Comprarás tu reloj por tener horas.
Y no lo sentirás por el ahora,
sino por el después del minuterero...

Verónica PEDEMONTE

EL NOVIO DE ELENA

(CUENTO)

LO primero que vio Angel Montesinos, por la mañana, al despertarse en la cama del hospital militar de sangre en Barcelona, situado en la Avenida de San Gervasio, en un antiguo colegio de monjas, fueron unos bellos ojos, aterciopeladamente negros, suavemente negros, untuosamente negros. La enfermera aquélla, vestida de blanco, estrecha de talle, pero maciza de cuerpo, se le acercó con la sonrisa en la boca para preguntarle:

— ¿Qué has puesto debajo de la cama que no hacen más que salir «trimotores»? La enfermera se inclinó y sacó unos pantalones.

— Ya lo ves—contestó Angel un poco avergonzado.

La chica alzó en alto la ropa del mozo y prorrumpió en una sonora carcajada, exclamando:

— ¡Pero si estos pantalones, de tanta «gente» como llevan dentro, son capaces de andar solos! ¿Ingresaste anoche en el hospital?

— Sí, a eso de las doce.

— ¿Dónde te hirieron?

— En Ulldemolins, pero cosa de poca importancia. ¿Tú eres enfermera de los rojos o de los nacionales?

— Todas las de este hospital estamos colocadas por los rojos. No era cosa de abandonar a los heridos porque viniérais vosotros Aquí hemos quedado hasta que vengan vuestras enfermeras. Dicen que las traerán pronto de Zaragoza. La voz de aquella chiquilla le sonaba a Montesinos a música celestial y se sintió ganado por ella desde el primer momento. De su ovalada cara, de su bien cortada naricilla, de su bien torneado cuerpo, sobresalían aquellos ojos intensamente negros que parecían hechos con los fulgores del día y las sedas de la noche, Angel se sintió como aherrojado en ellos.

Ella se puso a arreglarle la cama con unas manos gordezuelas, suaves y primorosas. Montesinos la interrogó:

—¿Eres de Barcelona?

—No, soy de Asturias.

—¿Cómo estás aquí?

—Vinimos toda la familia cuando cayó el frente del norte. Mis padres y mis hermanos han huído a Francia, al acercaros vosotros y yo he quedado aquí.

—¿Por el novio?

—No, mi novio también ha escapado, pero no sé dónde estará.

—¿Le querías mucho?

—Sí.

Entonces la chiquilla, que no tendría más de veinte años, se puso intensamente pálida, trató de agarrarse a los barrotes de la cama y cayó al suelo, euan larga era. Acudieron a socorrerla los que por allí estaban, entre otros un cabo de regulares vocinglero y matón, un legionario de tanques, simpático y calavera y otra enfermera, hermosísima, que se llamaba Julita y que era íntima amiga de la asturiana.

Tendieron a Elena sobre una cama vacía, avisaron a un médico del hospital que llegó al instante, la dio a oler unas sales y la joven se fue recobrando poco a poco.

—¿Le ocurre esto con frecuencia?—le preguntó el médico.

—Es la primera vez.

Llegó la directora del hospital, una dama alta, seca y avinagrada, puesta ya por los nacionales e interrogó:

—¿Qué ocurre aquí?

—Mi amiga Elena que se ha desmayado —contestó Julita.

—¡Otra enfermera con desmayo! ¡Ya está bien! ¡Estoy harta de tantos desmayos! Que se presente ahora mismo en mi despacho.

Elena se levantó y ayudada por Julita marchó hacia el despacho de la directora.

Ángel Montesinos quedó un tanto confuso y apenado. El cabo de regulares, el bocazas de la sala, dijo una impertinencia. El legionario de tanques le amenazó con darle un sopapo si volvía a hablar mal de Elena y el otro se calló la lengua. Montesinos simpatizó con el legionario y le preguntó:

—¿De dónde eres?

—De Miajadas.

—Hombre, somos paisanos, yo soy de Plasencia.

—Vente conmigo un rato a la calle. Vamos a dar una vuelta por

ahí que no he salido todavía de Barcelona. A nosotros nos zumbaron un poco, al entrar, desde un cine de la plaza de Urquinaona, pero pronto les hicimos callar. Me llamo Alfonso Rozas.

Rozas era hombre alto y fuerte, ancho de nariz y con un perfilado bigote negro sobre el labio, sonriente de rostro y barbián de gestos.

Ángel le explicó:

—Es que no tengo pantalones en buen uso para salir.

—No te apures, yo te doy unos estupendos que cogí ayer en un almacén de los rojos.

—Es que toda la demás ropa está destrozada.

—De todo eso tengo yo mucho.

Y uniendo la acción a la palabra, Alfonso extrajo de su maleta toda clase de prendas y se las entregó a Montesinos.

Este tuvo que confesar, avergonzado;

—Tengo imposibles las botas.....

—De eso no tengo, pero ahora mismo voy a hacerte de unas bien buenas.

Salió Alfonso de la habitación y a los cinco minutos apareció con un par de botas magníficas y completamente nuevas.

—¿Dónde te has hecho de esas botas?

—Ahí en la sala de al lado se las he birlado a un «pipi».

Montesinos se vistió y pasada como una media hora salió a la calle en compañía de su nuevo amigo. A la misma puerta del hospital tenía la señal de parada el tranvía número 24. Ángel tuvo un momento de asombro y de alegría cuando vio ante la misma parada la gentil figura de Elena.

—¿Tú aquí? —preguntó.

—Sí, hoy salgo antes de lo acostumbrado.

—¿Dónde vas?

—A mi casa, Julita y yo vivimos juntas.

Llegó el tranvía y lo tomaron todos rápidamente. La tercera parada fue en la plaza de Fernando Lesseps y en ella se bajó Elena. Como Alfonso comprendiese los deseos de Ángel, se adelantó para decirle:

—Bájate si quieres, y acompaña a Elena hasta su casa. Yo sigo hasta el puerto. Ya saldremos juntos otro día.

—De acuerdo.

Elena y Ángel se dirigieron a un café y se sentaron en un rincón discreto. Elena se puso triste y se lamentó:

—Si se hubieran quedado aquí mis padres o yo me hubiese ido a Francia.....

—¿Qué puedo hacer por tí?

—Nada, nada.....

La chiquilla se deshacía en explicaciones:

—No es lo que tú crees..... No me he desmayado por lo que tú piensas.....

—Si yo no creo nada.

—El desmayo ha sido una cosa completamente casual.

—De acuerdo, perfectamente. Vamos a cambiar de tema.

Siguieron charlando de mil cosas diversas y pasada una hora y media Montesinos acompañó a Elena hasta su casa. La asturiana vivía en la Travesera de Vals, en un par de habitaciones que les habían arrendado a Julita y a ella. Elena le hizo pasar a un cuarto en el que ya estaba Julita, la cual sacó de un armario unas copas y una botella de anís y bebieron todos. Pasaron juntos un par de horas en animada conversación y Angel tuvo que despedirse y marcharse al hospital, pues cerraban pronto la verja principal. Cenó poco y se acostó desasosegado. Elena, el trato de Elena, la personalidad de la asturiana le tenía ganado por entero, se le había entrado en lo más profundo del alma. Veía a la chiquilla tan joven, tan bella e indefensa.....

Al día siguiente volvieron a verse en el hospital. Elena era cariñosa y atenta. Todas las mañanas llevaba a Angel, a espaldas de la directora, un vaso de leche y unas galletas.

Algunas veces Angel veía a Elena muy triste y le preguntaba:

—¿Qué te ocurre?

—Ya ves, pienso en lo sola y desamparada que estoy.

—Yo te ayudaré ¿No tienes fe en mí?

—Plenamente.

—Creo que adivinas todo lo que yo sería capaz de hacer por ti...

—Lo sé. Además eres todo un caballero. Lo noté, apenas te conocí. Comprendí que eras distinto a todos estos. Hoy veo que no me había equivocado.

Eres buena y digna que yo te ayude. Otra en tu caso, con tu edad y tu belleza, ya hubiese solucionado por sí misma su problema..... sin gran trabajo, en este Barcelona tan inmenso.....

Un día, después de la hora del almuerzo, Elena se acercó a la cama en la que todavía estaba Angel acostado y le dijo, muy seria:

—Ya llegó lo que temíamos. Ya nos ha dicho la directora que el lunes próximo no vengamos a trabajar al hospital.

—¿Y ahora?

—Ahora a recorrer las ramblas, si Dios no lo remedia.....

—¡No digas eso!

—Perdóname. Estoy desesperada. ¿Qué va a ser de mí?

—De momento, toma este dinero que tengo.

Elena se negó, rotundamente, a aceptar el dinero que le ofrecía Montesinos, pero ante la insistencia de éste, tuvo que cogerlo, a la viva fuerza.

—Te lo cojo a tí, para no tener motivo para aceptárselo a otro —rumoreó Elena.

No digas tonterías, que no sientes, siquiera. ¿Para qué dices eso? Tú eres una chica magnífica. Lo estás demostrando.

—Quieres hasta engañarme con que soy buena. Tú sí que lo eres...

—Anda, marcha para casa que a eso de las cinco iré a buscarte y saldremos por ahí a pasar la tarde lo mejor posible. Alfonso me prestará dinero.

Elena se fue y Angel acudió a buscarla. Entraron en el mismo café de la tarde anterior, en la plaza de Fernando Lesseps. Apenas se habían sentado, cuando se les acercó una mujer altiva, de correctísimas facciones, un tanto ajadas, y con gran sigilo, preguntó a Montesinos:

—¿Quiere cocaína?

—No, yo no. ¿Por qué?

—Es que como ha hecho Vd. el gesto de llevarse los dos dedos a la nariz que es la señal que tenemos aquí para entendernos... Perdón.

Y la mujer se alejó. Elena comentó:

—Este Barcelona está lleno de vicios por todas partes. Me horro riza el pensar que me voy a encontrar aquí completamente sola, el día que te vayas...

—Todo lo solucionaremos entre los dos...

De pronto, Elena se puso muy pálida y dijo a Montesinos:

—Tengo miedo, mucho miedo ..

¿A qué?

—A que me descubran los nacionales. Tengo que decírtelo. Yo estaba en el hospital para espiar a los médicos, pues algunos nos traicionaban y había que descubrirlos y darles su merecido.

—¿Y qué quieres que yo haga por tí?

—Me puedes avalar y llevarme contigo cuando te den el alta y te vayas con el permiso a tu casa. Tú eres bueno...

—Y te quiero con toda mi alma.

Elena inclinó su cara, de fina piel, sobre el hombro de Angel, y rompió a llorar. En aquel momento, con el pelo terso y lustroso, los ojos más negros que nunca y el color de la cara un poco aceitunada, parecía la gitana que pintra Julio Romero de Torres.

Angel decidió:

-- Yo te avalo y tú te vienes de viaje conmigo. Yo te llevo hasta mi casa y te presento a mi familia como mi futura. Estoy seguro que serás bien recibida por toda mi gente.

Elena apretó las manos con cariño y unción.

- ¿Quieres que sigamos hasta la Plaza de Cataluña? --interrogó Montesinos.

- Lo que tú digas.

Tomaron otro tranvía y siguieron adelante. Se bajaron en la Plaza de Cataluña. Enfilaron la rambla de las Flores y andando, andando se hallaron en el puerto. Por allí, tirados por el suelo y mojados completamente había grandes montones de blanca azúcar. Torcieron hacia la derecha y se adentraron en el Paralelo. Chatearon de bar en bar. Elena iba siendo cada vez más explícita:

--Nosotros vivíamos bien en Mieres. Mi padre tenía allí una tienda de ultramarinos. A los mineros les gusta comer estupendamente. Mi padre tenía que convivir con ellos ..

Angel estaba ganado por la belleza y la simpatía de Elena y sobre todo por el noble deseo de salvarla de caer en el arroyo.

Llegaron a la calle del conde de Asalto. Entraron en un bar. Se sentaron junto a una mesa y pidieron unas copas de anís. Se les acercó una gitana vieja, haciendo muchos aspavientos ante Elena y mostrando un collar de falsas perlas:

--Las minas del rey Salomón son poco para tí, estrellita del oriente. ¡Di a tu novio que te compre este collar, que pa eso eres la mejor mujer que pisa por las calles de Barcelona!

Elena trató de apartar de junto a ellos a la mujeruca. Angel, por alejarla se lo compró y lo colocó alrededor del cuello de Elena.

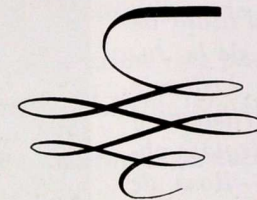
Unos músicos ambulantes hicieron sonar junto a ellos los acordes de un viejo tango nostálgico y quejumbroso.

Un acuarelista alzó su tablado en el medio del salón y en cinco minutos pintó un cuadro en el que había un río y muchos árboles. Después lo rifó entre los parroquianos.

Entonces entró en el bar un individuo joven, arrogante, erguido, embutido en un buen traje de color azul marino, el pelo muy dado de brillantina y sobre el labio superior un fino bigotillo cinematográfico. Miró a Elena y a Angel muy fijamente y se aproximó al

mostrador. Elena quedó pálida y sobrecogida. Sin decir una palabra se levantó de la silla donde estaba sentada junto a Angel, como movida por un resorte superior a ella, se fue hacia el sitio donde estaba su antiguo novio y de su brazo salió hacia la calle encharcada por la reciente lluvia caída.

Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA



EXTREMEÑO CACEREÑO

«Alcántara» es tu revista. Ningún pueblo, región o país puede elevarse en sentido alguno si desatiende sus problemas culturales. No hay progreso compatible con la ignorancia o el desdén hacia las cosas del espíritu.

«Alcántara» nació con estas miras y hoy quiere acentuarlas más que nunca. Suscríbete a esta revista que es la tuya, propágala entre tus amistades y defiéndela si te encuentras en otras comarcas o naciones, lejos del solar natal.